

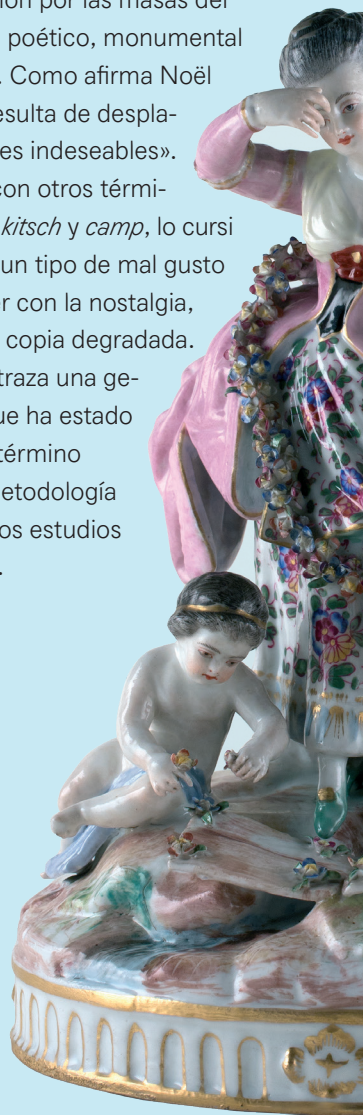
ELOGIO
DE LO CURSI

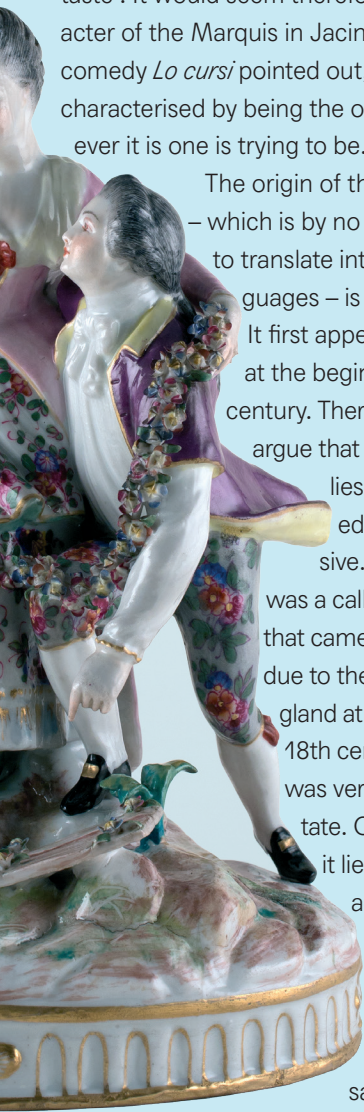
CAST El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define cursi como: 1. adj. Dicho de una persona: Que pretende ser elegante y refinada sin conseguirlo. U. t. c. s. / 2. adj. Dicho de una cosa: Que, con apariencia de elegancia o delicadeza, es pretenciosa y de mal gusto. Parece entonces que lo cursi se caracteriza, como señalaba el personaje del marqués en la comedia *Lo cursi* de Jacinto Benavente, por ser lo contrario de aquello que se pretende ser.

La palabra cursi tiene un origen disputado y una difícil traducción a otros idiomas. Apareció en la lengua española a comienzos del siglo XIX. Algunos buscan su etimología en la abreviatura de cursiva. La cursiva era un tipo de caligrafía que se puso de moda por influencia de Inglaterra a finales del siglo XVIII pero que resultaba muy difícil de imitar. Otros lo encuentran en dos personajes que han adquirido casi el carácter de mito: las hermanas Sicur de Cádiz. Se contaba, si existieron, que estas dos hermanas copiaban la moda de París y la exageraban. Los adornos ocultaban las manchas, los desgarrones y los brillos de unos vestidos que el tiempo había desgastado y ellas no podían renovar. Su aspecto se volvió ridículo y, cuando paseaban, les gritaban: ¡Sicur! ¡Sicur! ¡Sicur! De este modo, por la repetición, su apellido invertido se convirtió en sinónimo de ridículo. Esta historia sobre el lenguaje oculta un relato que tiene que ver con el modo en el que se construye el género y también con una cuestión de clase. A partir de ahí, los cursis fueron aquellas y aquellos jóvenes de clase media o clase baja que imitaban las formas de la burguesía adinerada y la aristocracia, también aquellos

burgueses que copiaban los modos de la nobleza. En la *Filocalia o el arte de distinguir a los cursis de los que no lo son*, escrito por los conservadores Francisco Silvela y Santiago de Liniers en 1868, año de la revolución Gloriosa, «el imperio de la cursilería es uno de los peligros de la revolución. Significa la invasión por las masas del terreno artístico, poético, monumental e indumentario». Como afirma Noël Vallis: «lo cursi resulta de desplazamientos sociales indeseables».

Relacionado con otros términos como los de *kitsch* y *camp*, lo cursi pretende definir un tipo de mal gusto que tiene que ver con la nostalgia, la aspiración y la copia degradada. Esta exposición traza una genealogía de lo que ha estado asociado a este término siguiendo una metodología próxima a la de los estudios de cultura visual.





ENG The Dictionary of the Royal Spanish Academy defines *cursi* thus: “1. adj. Said of a person: Someone who seeks to be elegant and refined but fails in the attempt. Also used as a noun. / 2. adj. Said of a thing: Something that, while seemingly elegant or delicate is in fact pretentious and in bad taste”. It would seem therefore, as the character of the Marquis in Jacinto Benavente’s comedy *Lo cursi* pointed out, that *cursi* is characterised by being the opposite of whatever it is one is trying to be.

The origin of the word *cursi* – which is by no means easy to translate into other languages – is open to dispute. It first appeared in Spanish at the beginning of the 19th century. There are those who argue that its etymology lies in an abbreviated version of *cursive*. *Cursive* writing was a calligraphic style that came into fashion due to the influence of England at the end of the 18th century, but which was very difficult to imitate. Others claim that it lies in two characters who have acquired almost mythical status: the Sicur sisters of Cadiz. It was said, if they ever in

fact existed, that these two sisters were wont to copy and exaggerate Parisian fashions.

The frills hid the stains, tears and threadbare fabric of time-worn gowns they lacked the means to renew. Their appearance became increasingly ridiculous, so much so that when they would promenade, people would shout at them: Sicur! Sicur! Sicur! Sicur! Which explains how, through repetition, their inverted surname became synonymous with something worthy of ridicule. This story about language conceals another story that has to do with the way in which gender is constructed and also with the question of class. From then on, *cursi* was the name given to lower-middle-class or lower-class young people who imitated the airs and graces of the wealthy bourgeoisie and the aristocracy. In 1868, the year of the Glorious Revolution, in their *Philocalia, or the Art of Distinguishing Cursis from Non-cursis*, the conservative politicians Francisco Silvela and Santiago de Liniers wrote that “the empire of *cursilería* is one of the dangers of the revolution. It entails the invasion by the masses of the realms of the arts, poetry, monuments and attire”. As Noël Vallis asserts, “*cursi-ness* stems from undesirable social movements”.

Related to other terms such as *kitsch* or *camp*, *cursi-ness* attempts to define a certain type of poor taste that has to do with the idea of a tarnished copy. This exhibition sets out to trace a genealogy of what this term has been associated with, following a methodology similar to that of visual culture studies. The exhibition focuses primarily on products taken from popular culture, ranging from fans, furniture and decorative objects to books, photo novels, comics, postcards, advertising posters, theatre advertisements, stage photographs and works of art.

Esta genealogía comienza en el siglo XVIII, cuando un grupo de jóvenes, hombres y mujeres, adoptaron primero la moda exagerada de la corte francesa y más tarde la de la de esa particular aristocracia de París nacida con la Revolución y el Imperio napoleónico que exageró los cuellos de las camisas y el corte de las levitas, complicó el nudo de la corbata, estrechó los pantalones hasta el extremo y sustituyó el miriñaque por las túnicas griegas. Petimetres y petimetras, currutacos y currutacas, lechuguinos y lechuguinas, cursis antes de los cursis, que establecían unos modelos de masculinidad y feminidad que se escapaban de la norma del momento y fueron juzgados, temidos y ridiculizados como más tarde lo serían los y las cursis que pretendían saltarse las fronteras de clase y de quien heredaron ese interés por las modas y los modos. Esa pretensión siempre acababa mal. No hay ningún personaje cursi que cumpla sus aspiraciones en la literatura de la segunda mitad del siglo XIX o de comienzos del siglo XX. Era castigado siempre.

Los cursis copiaban las actitudes y el gusto de esas clases a las que no pertenecían y que les excluían. Los aristócratas nostálgicos buscaban sus modelos en Versalles, los modernos en París; los que eran burgueses miraban a la nobleza y compraban *bibelots* con los que adornar sus casas igual que palacios en las ventas de las desamortizaciones; los que pertenecían al proletariado aspiraban a la clase media y hurgaban en los rastros o compraban imitaciones de aquello que no podían conseguir. Los manuales de «buenos modales» se convirtieron en éxitos de ventas y los libros en los que se enseñaba

a escribir con *cursiva*, esa letra que venía de fuera y que se estaba imponiendo y era muy difícil de imitar por sus floreos, se multiplicaron. Como afirmó José Ortega y Gasset: «Si se analizase, lupa en mano, el significado de cursi, se vería en él concentrada toda la historia española de 1850 a 1900. La cursilería como endemia solo puede producirse en un pueblo anormalmente pobre que se ve obligado a vivir en la atmósfera de un siglo XIX europeo, en plena democracia y capitalismo».

Pero la cultura de la cursilería no acabó con el cambio del siglo, sino que se puede rastrear a lo largo del siglo XX —Ramón Gómez de la Serna la encontró— y llega incluso hasta hoy. Aunque quizás lo hace de otro modo, en algunos casos de forma más consciente, como sucede con Costus y ese jarrón de caniches y boxers con alas y lazos azules. La historia de lo cursi tiene que ver con la ruptura de las normas, con las de lo que es propio y lo que viene de fuera, con las de clase y también con las de género.



02



03



04



05



06



07



08



09

This genealogy begins in the 18th century, when a group of young men and women first adopted the extravagant fashions of the French court and later those of that rather odd Parisian aristocracy that emerged from the Revolution and the Napoleonic Empire, which exaggerated the collars of their shirts and the cut of their frock coats, tied their ties with all manner of complicated knots, narrowed their trousers to the extreme and replaced the hooped dresses of days gone by with Grecian tunics. Dandies, fops, coxcombs, *cursis* before anyone had ever heard of such a thing, who established models of masculinity and femineity that were totally out of step with the standards of the day and were judged, feared and ridiculed, as would be the case some years later when the *cursis*, who inherited from them this same interest in fashions and manners, tried to break down the boundaries of class. Such aspirations always tend to end rather badly. No *cursi* ever managed to fulfil his or her aspirations in the literature of the second half of the 19th century or the beginning of the 20th century. They were always punished.

Cursis copied the attitudes and tastes of those classes to which they did not belong, and which excluded them. Nostalgic aristocrats looked to Versailles for their models, the more modern among them to Paris; the bourgeoisie looked to the nobility and attended judicial auctions on the lookout for *bibelots* to decorate their would-be palatial homes; those who belonged to the proletariat aspired to join the middle class and rummaged through flea markets or bought imitations of whatever they couldn't afford.




Handbooks on “good manners” became bestsellers and books that taught people how to write with *cursive* letters – that handwriting imported or indeed imposed from overseas which was so very difficult to imitate because of its flourishes, multiplied. As José Ortega y Gasset once said: “If one were to analyse, magnifying glass in hand, the meaning of *cursi*, one would see concentrated in it the whole of Spanish history from 1850 to 1900. *Cursilería* – “*cursi-ness*” – as an endemic, can only occur in an abnormally poor people forced to live in the atmosphere of 19th-century Europe, in the midst of democracy and capitalism”.

Yet *cursilería* as a culture did not end at the turn of the century but can be traced throughout the 20th century – Ramón Gómez de la Serna found it – and in fact its influence is felt even today. Although perhaps it does so in a different way, in some cases more consciously than in others, as shown by Costus and that vase of poodles and boxers with wings and blue ribbons. The history of *cursi* is all about the breaking down of norms and standards, with those that are one's own and those that come from afar, with those of class and also with those of gender.

Plaza de Cibeles, 1
28014 Madrid

T. +34 914 800 008
Martes – Domingo / Tuesday to Sunday
10 – 20 h

info@centrocentro.org
www.centrocentro.org

 @centrocentrocibeles
 @centrocentro
 CENTROCENTROCibeles

ELOGIO DE LO CURSI

23 de junio – 8 de octubre de 2023
23 June – 8 October 2023

Organiza y produce / Coordination and Production
CentroCentro

Comisario / Curator
Sergio Rubira

Diseño gráfico / Graphic Design
José Duarte

Diseño museográfico / Museographic Design
Pedro Pitarch

Montaje / Setting up
Santiago Santiago

Transporte / Transport
Hasenkamp

Seguro / Insurance
Mapfre